

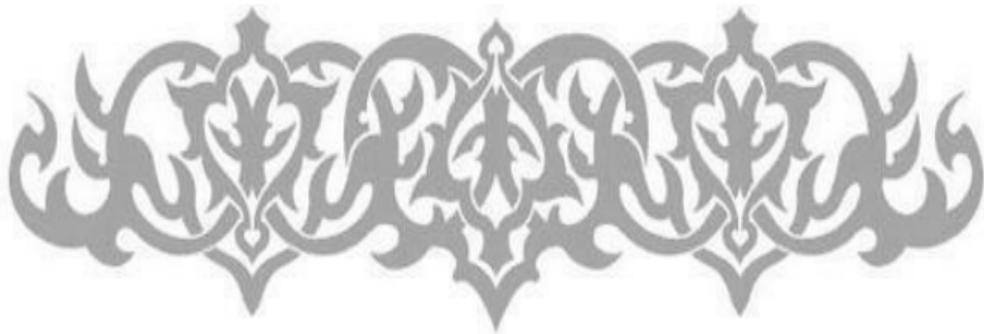
A Sexy *Berling*
EPILOGUE

Maya Blair



A Sexy Berling Epilogue

(Serie Sexy Berling)



Maya Blair

A Sexy Berling Epilogue (Sexy Berling) ©

Edición 2014

© Maya Blair

Portada: © Konradback

© rabbit75_fot – Fotolia Diseño y maquetación:
KD

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones jurídicas establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Diciembre, DeerValley(Utah)

—Te das cuenta de que no podré volver a mirarlos a la cara en lo que me resta de vida, ¿verdad?

Le dedico a Dee una lenta, perversa sonrisa antes de echar un último vistazo al *Gulfstream* por encima del hombro.

Oh, sí. Vaya que si lo sé. De hecho, se me pone dura sólo de recordar el modo en que conseguí que gritara todos y cada uno de sus orgasmos. Tan alto, que hasta cabe la posibilidad de que la hayan escuchado en la Estación Espacial Internacional.

—Si no tuviera que conducir —ronroneo en su oído a pie de pista, tras rodearle la cintura con un brazo y atraerla hacia mí—, volvería a hacerte lo mismo en el asiento trasero del coche.

Se agarra a mi cazadora y emite un quedo gemido tras hundir el rostro contra mi garganta.

—Existen los arceños, por si no se ha dado cuenta, señor Berling.

Me pongo cachondo sin remedio cuando me llama así, usando ese tono ronco y sexy que me hace desear tumbarla encima de la mesa de mi despacho para follarla como si no fuera a haber un mañana.

—¿Te he dicho hoy que te quiero, preciosa descarada?

Hace casi un año desde esa primera noche en la galería. Trescientos sesenta y tres días de Dee Vargas y estoy más que preparado para dar el gigantesco paso final y compartir las siguientes décadas de mi vida con ella. Tan simple como eso. Lo que no ha resultado tan sencillo es encontrar la manera adecuada de pedírselo. A fin de cuentas, no soy el tipo más romántico del mundo y eso de dar la nota, en plan peliculero, va más con Tyler que conmigo.

¿Curiosidad por saber qué fue lo que hizo el capullo de Wilder? Oh, bueno, joderme vivo. Básicamente.

Se suponía que iba a ser algo íntimo y tranquilo; nosotros nos quedaríamos con Zoe mientras ellos disfrutaban de una cena en su

guarida de soltero, coronada por el gran momento. Pero todo se precipitó la tarde que lo acompañé a la joyería a recoger el anillo de pedida de Vanne.

La cuestión es que habíamos quedado con ellas para cenar en un céntrico restaurante y en algún momento antes del postre la cajita debió empezar a quemarle en el bolsillo, porque de repente estaba de rodillas, en mitad de la puñetera sala, dando un espectáculo público y saltándose por completo el plan previsto. ¿Lo peor? Esa mirada en los ojos de Dee al ser testigo de la escenita, por no hablar de la sonrisa bobá que tuvo pegada a los labios durante varios días y que consiguió que se me pusieran de corbata. ¡Mierda! Estaba tan, pero taaaaan jodido... Y es que bastaba con echarle un vistazo a su expresión para darse cuenta que aquella gilipollez al empalagoso estilo Hollywood le parecía la cosa más rematadamente romántica del año.

¡Gracias, amigo!

—Lo dijiste la última vez que tú... —Se muerde el labio inferior—. Ya sabes... —¿Que yo qué? —¿He dicho que me encanta provocarla?—.

Dímelo. Tantos meses juntos y todavía puedo conseguir que se ponga adorablemente colorada cada vez que le pido que hable sucio para mí.

—¡Bienvenidos!

La oportuna aparición de Joshua Ludlow hace que el alivio asome a sus ojos. —Salvada por la campana, preciosa.

Me saca la lengua, juguetona. Esta vez se ha librado por los pelos. —En realidad no llevo la cuenta, Gabe. Simplemente los atesoro como el maravilloso regalo que son.

Y esta es sólo una de las muchas razones por las cuales estoy loco por ella. Si al menos Tyler no hubiera elevado el listón a la estratosfera con un gesto que bien podría haberse metido en su puñetero culo...

—Espero que hagas lo mismo con lo que tengo en mente —musito para mí mientras la observo alejarse de mi lado para ir a saludar a Joshua.

Más me vale convertir este fin de semana en algo memorable o me veré condenado a las comparaciones durante el resto de mi vida. Y, por

si alguien todavía tiene dudas al respecto, al bastardo competitivo que vive en mí no le gustan los segundos puestos.

No cuando se trata de la mujer que amo.



—¿Por qué están las luces interiores encendidas?

Dee se encoge de hombros antes de abrir el maletero del *Maserati Kubangy* depositar una de las maletas de mano en el suelo del garaje.

—Supongo que habrá sido cosa del señor Ludlow —responde mientras saca la otra—. ¿Importa?

Según cómo se mire. Por norma Joshua jamás lo hace, pero a lo mejor se le echó el tiempo encima mientras llenaba la nevera y se olvidó de apagarlas al salir escopeteado al aeropuerto.

Una mirada a la futura señora Berling —¿no suena de puta madre?— me basta para desechar la

idea de meter el equipaje dentro de la casa ahora mismo. De repente me urge como mil veces más el arrastrarla frente a la primera chimenea que encontremos encendida para desnudarla y hacerle el amor durante toda la maldita noche. Lo que puede parecer enfermizo, porque hemos estado follando como conejos en el avión. Pero es que no puedo ni quiero evitarlo. Necesito estar dentro de ella.

—Oh-oh.

Dee endereza la espalda de golpe y ladea la cabeza para observarme con los ojos entrecerrados.

—¿Oh-oh, qué? —pregunto avanzando un paso en su dirección.

—Conozco esa mirada. —Suelta el neceser y recula—. Ni. Se. Te. Ocurra. —Su expresión es igual a la de un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche en mitad de la carretera—. Gabe, lo digo en serio. —Mi sonrisa lobuna se amplía y Dee traga saliva de manera sonora al comprobar que no parezco muy dispuesto a frenar mi avance sobre ella—. Prometiste que me

enseñarías a esquiar.

Su espalda choca contra la pared. Atrapada.

—No veo que el sexo sea un impedimento —
murmuro a un suspiro de su boca entreabierta
después de plantar los antebrazos a los lados de su
cabeza. Ignoro sus labios y pego la nariz a la
esbelta columna de su cuello para aspirar su
aroma. La combinación de cítricos y sexo salvaje
me vuelve loco. Joder, es tan comestible...

—Lo es si mañana no puedo camin...
Ooooooh, Dios... —gimotea cuando deslizo la
punta de la lengua por su piel, probándola de
nuevo.

Vale, es oficial; estoy durísimo. Otra vez.

—Podemos posponer las lecciones. —Froto
la erección contra su vientre—. Será por
oportunidades para aprender a esquiar.

Deslizo las manos por su cuerpo; tetas de ensueño,
caderas voluptuosas y un culo que haría llorar
hasta a un puto asceta.

—Será por oportunidades para follar —me
larga imitando casi a la perfección el tono de mi
voz a la vez que desabrocho el botón de sus

pantalones—. En serio, eres un obseso sex...

¡Bingo! Dee emite un tremuloso jadeo al sentir cómo mis dedos se deslizan por su resbaladizo, húmedo sexo antes de que decida jugar con su sensible clítoris hasta hacerla enloquecer.

—¿Decías?

La penetro de manera lenta y tortuosa. Una falange. Dos. Hasta los nudillos. Entonces espero unos segundos antes de empezar a bombear en su interior, arrancándole esos jadeos y gemidos que me ponen cachondo perdido. —Cabrón. —Sus párpados caen con un sexy aleteo de pestañas y se arquea contra mi cuerpo—. Eres un cabrón.

Clava las uñas en mis brazos mientras se retuerce sin parar.

—Pero te gusta.

Me desabrocho el vaquero con la mano libre, tomo una de las suyas y la introduzco por la cinturilla del bóxer para que agarre mi polla. ¡Mierda! —Y a ti te gusta esto —ronronea pegando su boca a la mía al tiempo que me masturba con fuerza.

Así como en otra ocasión no me importaría correrme en su palma mientras Dee hace lo mismo en la mía, ahora mismo lo que necesito es hacerlo dentro de ella. —No me sueltes —gruño antes de arrastrarla a trompicones hacia la puerta de acceso a la casa.

Avanzamos con pasos tambaleantes, acariciándonos y comiéndonos la boca como si no lo hubiéramos hecho desde hace una eternidad. Entonces, palpo en busca del picaporte, abro con sonoro ímpetu y la empujo contra la primera superficie horizontal que encuentro mientras nuestras risas, jadeos y respiraciones aceleradas llenan mis oídos.

Estoy intentando bajarle los pantalones junto con las minúsculas bragas para poder enterrarme entre sus piernas de una jodida vez cuando un carraspeo consigue que nos quedemos congelados en el sitio.

—¡Santo Dios! Cubre tu feo culo antes de que me dejes ciego.

Todo sucede muy rápido. Tras el agudo gritito de Dee, paso de estar a punto de metérsela a

encontrarme tirado en el jodido suelo, con mala leche para dar y tomar y un severo, terrible episodio de pelotas azules en ciernes.

—¿Qué cojones haces aquí? —le pregunto a mi amigo al tiempo que intento volver a embutirla en el vaquero, lo que no resulta nada fácil dada la envergadura de... ¿Realmente son necesarias las explicaciones?

—Disfrutar de un fin de semana casi romántico, con niña incluida. —Introduce las manos en los bolsillos de su pantalón, sin intentar ocultar su gigantesca sonrisa socarrona—. A vosotros no os pregunto porque me ha quedado bastante claro. Dee se ha puesto tan roja que parece que va a sufrir un colapso fruto de la vergüenza de un momento a otro.

—Necesito tomar el aire —balbucea antes de salir por piernas de aquí. —Lárgate —le suelto a Tyler poniéndome en pie nada más verla desaparecer—. Este es «el» fin de semana, gilipollas.

El entendimiento lo golpea de lleno y abre los ojos como platos.

—No jodas... ¿Pero no era el próximo?

Gruño por toda respuesta.

—Coge a Vanne y a Zoe y llévatelas al hotel.

Invito yo.

La oferta debe haberle resultado muy graciosa, porque ahora mismo está doblado por la mitad, prácticamente llorando de la risa.

—¡Ty! ¿Ya has averiguado de dónde venía todo ese alboroto...? —Me giro y allí, a pocas zancadas de distancia, me encuentro con mi estupefacta hermana—. ¡Gabe! ¡No me jodas!

—Espera a que se enteren los demás — aplaude con una sonrisa de oreja a oreja antes de dar media vuelta y alejarse anunciando mi presencia a voz en grito. Y ahora que alguien se atreva a decirme a la cara que mi sobrina no es digna hija de su madre.

—¿En serio? —rezongo al tiempo que me giro hacia Tyler—. ¿Con Paul y Mia? — Mi amigo asiente a la vez que se limpia una lágrima—.

Venga, ¿quién más? ¿Mi madre? —Arquea las cejas y se encoge de hombros—. ¡No!

—Intenta enviarla al hotel —me golpea la

espalda antes de abandonarme—, ya verás lo que te dice.

Esto es una maldita pesadilla. Tiene que serlo. No hay otra explicación.



¡A la mierda!

¿Cómo se supone que voy a encontrar el momento para declararme con una casa llena hasta la bandera? Necesito tranquilidad, intimidad...

Algo imposible con tres parejas, mi madre, dos niñas pequeñas y un bebé pululando por el lugar. Oh, sí, ¿no conté que mi cuñada había invitado también a Kat, James y su ruidoso bebé? Es lo malo que tiene relacionarse de manera estrecha con las amistades de tu pareja; cuando te quieres dar cuenta, son tan íntimos que casi parecen de la familia. Planes de fin de semana incluidos.

Y, oye, en otro momento no me importaría,

pero ahora mismo me sienta como una patada en los huevos tenerlos a todos bajo el mismo techo.

Dee parece habérselo tomado con filosofía, pero por la sencilla razón de que sigue pensando que la he arrastrado hasta aquí para enseñarle a esquiar, aparte de revolcarme con ella por toda la casa. Ni siquiera sospecha que mis intenciones son pedirle que se case conmigo.

Yo no puedo. Tomármelo con filosofía, digo. Tampoco es que lo intente. Creo que le estoy cogiendo gusto a esto de rumiar mi animadversión. Al menos, mientras lo hago, no puedo acordarme de las tremendas ganas que tengo de follármela. Ganas que tengo que comerme con patatas porque mi madre duerme pared con pared y nosotros todavía no le hemos pillado el truco a eso de hacerlo con sordina.

O en silencio, directamente. Además, montárnoslo en otro sitio está descartado. ¿Creéis que no lo he intentado durante las últimas veintinueve horas, quince minutos y...? Será mejor que lo dejemos ahí.

La cuestión es que es imposible, porque justo

cuando creo que por fin voy a poder meterme en las bragas de Dee, aparece alguien para joderme los planes por completo. Así que ¡cómo voy a tomármelo con filosofía!

Pero ese no es el único problema con el que tengo que lidiar. Noooo. También está el pequeño detallito de la pedida. *Peccataminuta*, ¿eh? Pues no. Y sí, sé que podría poner fin a este sinsentido hincado la rodilla delante de toda mi entrometida e inoportuna familia —amigos incluidos— para ponerle en el dedo el puñetero anillo que llevo encima desde que salimos de Nueva York, pero es que no me da la puta gana. Punto. Quiero hacerlo bien, estar tranquilo y centrado para decir las palabras adecuadas. Hacerlo memorable. Necesito que el momento sea sólo nuestro, no alguna especie de show para un montón de mirones dispuestos a aleccionarme sobre la marcha acerca de cómo se supone que tengo que hacerlo.

Por. Encima. De. Mi. Cadáver.

—¿De repente sientes ganas de ir a nadar? — me pregunta Dee mientras la arrastro por el pasillo que conduce a la pequeña piscina climatizada.

En realidad no, pero ahora mismo parece el único sitio que no ha sido invadido por mi familia. Y aunque en principio no parece el escenario más indicado para pedirle que se case conmigo, tendré que lograr que lo sea. Porque me niego en redondo a volver a nuestro apartamento en Grand sin habérselo pedido. Oh, sí. Hace poco más de cuatro meses que vivimos oficialmente juntos. Y no, no me lo puso fácil al principio con sus constantes reticencias, pero todos sabemos que puedo llegar a ser muy, muuuuy persuasivo cuando me propongo algo. Os lo digo por si acaso no habíais caído ya en la cuenta.

—¡Joder!

Nada más entrar siento el impulso de extirparme los ojos de la cara. —¡No mires! —grita Mikki una milésima de segundo después de que nos hayamos dado la vuelta.

Juro que ya no sé si reír o llorar. ¡Esto es absurdo! Aunque parece que Dee le ha encontrado la parte divertida, porque ahora mismo se está mordiendo los labios para ahogar un severo ataque

de risa.

—¿Qué hacéis aquí? —reclamo.

—Tú que crees —responde mi cuñado mordaz, ganándose un coscorrón o algo por el estilo a juzgar por el ruido que acabo de escuchar —. Un día de estos te voy a atar las manos.

—Inténtalo, grandullón.

Sin despedirme, tiro de Dee para volver a arrastrarla por toda la casa en busca de un jodido y solitario rincón de mierda en el cual nadie vaya a interrumpirnos. —Gabe, afloja —resuella detrás de mí—. Me vas a arrancar la mano. —¡Tío Gabe! ¿Dónde estás?

—Mierda —bufo al escuchar a Mia, que al fin ha decidido devolverme el título de «tío».

Freno en seco, logrando que Dee choque de bruces contra mi espalda. —¿Se puede saber qué te pasa? Estás de un raro...

Miro a un lado y a otro. Vale, ¿hacia dónde? —¡Tío!

Abro la primera puerta que encuentro a mi izquierda y nos empujo dentro antes de cerrarla y buscar algo con lo que atrancarla.

—Gabe, me estás asustando.

Sí, bueno, yo estoy más bien abochornado por lo pésimamente mal que estoy manejando la situación. Parezco un puñetero paranoico intentando bloquear el picaporte del cuartucho donde la empleada doméstica guarda las escobas y demás pertrechos de limpieza.

—Listo. —Me giro hacia ella, lo que no resulta sencillo porque estamos muy, muy apretujados aquí dentro—. Para de mirarme como si acabara de brotarme un cuerno o algo por el estilo.

Dee intenta poner las manos en las caderas para dar mayor énfasis a la mirada que me está dedicando en este preciso instante, pero el espacio es tan reducido que termina golpeándose el codo con un estante.

—Joder, joder, joder —reniego mientras descanso las manos en el mueble escobero contra el que está apoyada—. Se supone que íbamos a estar solos. Tú y yo. —Acaricio su mejilla con el aliento—. Lo tenía todo planeado al milímetro, ¿sabes? Iba a ser... perfecto.

Enmarca mi rostro y me obliga a mirarla a los ojos.

—¿Podrías dejar de ser tan enigmático? — Enarca la ceja—. Resulta que Tyler ya cubre el cupo, por si no te has dado cuenta.

Respiro hondo una, dos veces. Si no lo digo ya, reviento. Me da igual que sea el peor lugar y el peor momento. Necesito preguntárselo antes de que me vuelva majara sin remedio.

—Siento... no poder hacerlo del modo que te mereces —murmuro pegando mi frente a la suya al tiempo que tomo una de sus manos y la introduzco en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Oh, Dios mío... —Sus ojos se abren como platos al alcanzar el anillo que está en el fondo.

—¿Te he dicho alguna vez que eres mi corazón? —Esbozo una lenta sonrisa que encuentra su reflejo en el rostro de ella—. Tú eres mi todo, Dee. La culpable de que siga respirando cada día.

—Gabe...

La silencio con un beso.

—No. No me interrumpas.

Todavía me cuesta bastante verbalizar mis

sentimientos y si paro... —Te amo. Loca, intensa, desesperadamente —expreso con rapidez—.

No sé vivir sin ti. Te quiero a mi lado cada mañana y cada noche. A todas horas. Tú me haces un hombre mejor, me completas. —Trago saliva. Es ahora o nunca—. Cásate conmigo. —Rozo sus labios lenta, dulcemente—. Di que sí, por favor. Vale. Acaba de quedarse sin palabras. ¿Se supone que eso es bueno o malo? —¿Dee? Lo negaré incluso ante el mismísimo Presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos llegado el caso, pero su mutismo está empezando a acojonarme. —Me estás matando, prec...

—Sí —suelta de repente al tiempo que me agarra con fuerza por el jersey y busca mi boca—. ¡¡Sí, sí, sí!!

Oh, joder, creo que nunca me había sentido más feliz y aliviado en toda mi maldita vida. Gracias, gracias, gracias.

Saco el anillo del bolsillo y se lo coloco en el dedo antes de besárselo una y mil veces.

—¿No estás enfadada?

Parpadea confusa.

—¿Por qué?

—Bueno —señalo el cuartucho en el que nos encontramos—, no ha sido precisamente romántico.

—Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿De qué?

Me dedica la clase de sonrisa que siempre consigue que mi corazón se salte por lo menos un par de latidos.

—Ay, Gabe... —Sacude la cabeza—. Lo que lo hace perfecto y romántico, eres tú.

—Mordisquea mi labio inferior, juguetona—. Además, imagina lo divertido que será contárselo a nuestros nietos.

Soy tan asquerosamente afortunado que apesto.

¿Cómo no voy a amarla?

Table of Contents

[A Sexy Berling Epilogue](#)